

La verdad es independiente en su línea de pensamiento, con confesionalidad e ideología propias y definidas a través de sus comentarios editoriales, y no acepta, necesariamente, como suyas, las ideas vertidas en los artículos y colaboraciones firmados.

Opinión

Dio una nueva vida al espíritu de una generación en desamparo

Por José María García Escudero

Rahner, ni integrista ni progresista Un gran precursor del Concilio

Por Manuel Aicóla, S. J.

La muerte de Karl Rahner, poco después de cumplir ochenta años de edad, significa para la investigación teológica la pérdida de uno de los pensadores cristianos de mayor originalidad de los últimos tiempos. Despertada su vocación filosófica y teológica por su compañero de orden, el pensador belga José Marechal, y fomentada por el filósofo existencialista Martin Heidegger, su interés se centró en conseguir una síntesis válida entre lo mejor de la tradición cristiana y el pensamiento secularizado contemporáneo.

Una sólida formación patristica y escolástica y un profundo conocimiento del idealismo y del existencialismo matizaron su preocupación fundamental, centrada en el misterio de un Dios que se comunica al mundo por su hijo Jesucristo, que da a la humanidad una vitalidad nueva.

La obsesión constante de Karl Rahner fue el incansable diálogo con el mundo contemporáneo desde una perspectiva de la fe. Esto explica su salida de un neoescolasticismo ensimismado y la asimilación de cualquier nuevo aspecto del saber humano. De ahí la múltiple atención a los problemas del mundo de hoy, desde el fenómeno de la oración (su última obra se titula «oraciones de la vida») hasta los de la hominización, la manipulación genética y la teología política.

Aunque no puede hablarse en su caso de una construcción sistemática al estilo tradicional, su pensamiento teológico presenta una admirable unidad, donde se conjugan adecuadamente la filosofía y la teología, la razón y la fe, la crítica y la adoración. Lo verdaderamente novedoso de Rahner ha sido una metodología de búsqueda incesante y un nuevo estilo de quehacer teológico. Evidentemente, este talento de pensamiento le hizo adoptar posturas de vanguardia, que en ocasiones le llevaron a conflictos con el Vaticano. Sin embargo, su profundo espíritu religioso, unido a una constancia inquebrantable y a una fidelidad a la iglesia, le hicieron superar con gallardía, libertad de espíritu y obediencia cristiana las tensiones inevitables de una teología que no quiere ser simple comentario al magisterio eclesial, sino que pretende, además, inspirar el avance de la misma misión docente de la Iglesia.

Por todo esto, Rahner fue un auténtico precursor del concilio Vaticano II, muchos de cuyos documentos llevan su impronta, y un hombre de diálogo entre la fe y la increencia. En la difícil etapa posconciliar, el teólogo jesuita se mantuvo en su posición de siempre, alejándose tanto de cualquier tipo de integrismo religioso como de los movimientos efímeros de modas progresistas, que a su juicio carecían de auténtico sentido cristiano.

Del mismo modo que el teólogo luterano Karl Barth es considerado como el moderno reformador del pensamiento protestante, Karl Rahner es una de las figuras punteras de análoga renovación en el pensamiento católico. Uno de sus discípulos de mayor relevancia, el actual obispo de Maguncia, Karl Lehman, le con-

sidera como un teólogo clásico, por haber sabido mantener la unidad matizada entre la tradición católica y la interpretación y crítica de la misma, la síntesis entre la vivencia histórica y la experiencia del presente y el respeto a la sustancia de la fe tradicional junto con una libertad de investigación y de pensamiento.

Es difícil predecir el influjo que tendrá la obra de Rahner en la Iglesia del futuro. Sin embargo, ya puede anticiparse que muchas de sus intuiciones y hallazgos, especialmente en relación con el misterio de Dios en un mundo secularizado, significan aportaciones definitivas y nuevos impulsos para la teología del porvenir.

Rahner considera que el momento actual de la Iglesia y de su orden, la Compañía de Jesús, puede caracterizarse como de tránsito. Identificado profundamente con la espiritualidad de San Ignacio, y del exgeneral de los Jesuitas Pedro Arrupe, ha sido un ejemplo de fidelidad a Dios, a su vocación cristiana y a su profesión teológica. De ahí que su desaparición, en plena madurez, signifique para sus discípulos y sus lectores la dolorosa pérdida de un verdadero prototipo cristiano y religioso para nuestro tiempo.

CON la muerte de Karl Rahner no es sólo una gran figura de la teología católica la que pierde el mundo, sino que somos una generación de católicos españoles los que nos sentimos despojados de algo nuestro, de un ombre que había contribuido de manera decisiva a configurar nuestra religiosidad, sin la cual ésta no sería lo que es y que, por consiguiente, nos ha dado mucho más que un caudal de saberes o una suma de conocimientos, por elevados que sean éstos, sino lo que precisamente corresponde al saber teológico. Una nueva vida.

En esta experiencia generacional, y por supuesto personalísima, la que pretende evocar retrotrayéndome al momento de desamparo de una generación que, demasiado prendada de las proyecciones temporales de una religiosidad desacralizada, y que a la realización de esas proyecciones se había sacrificado sin regateos, se enfrentó con la decepción de descubrir que las exterioridades políticas no producían la interioridad social católica que esperaba. Peor todavía, que los instrumentos conceptuales de que disponía eran inadecuados y carecían de fuerza de convicción para los hombres de nuestro tiempo, empezando por ellos mismos. En ese momento, que corresponde a los finales de la década de los años cuarenta, la teología francesa de la época vino a significar como la aurora de un nuevo día, pero fue más adelante cuando la lectura de Rahner, primero en trabajos aislados y luego en la serie de sus escritos de teología que empezó a publicar la Editorial Taurus en 1959, vino a convertir aquella revelación auroral en la plenitud del sol de mediodía.

Alguna vez he comparado aquella situación, que corresponde a la recepción de la nueva física y del abandono del deter-



Karl Rahner

minismo materialista en la ciencia, a la del que hubiese pasado desde el sistema astronómico de Tolomeo, donde todo giraba alrededor de la Tierra, a la moderna concepción de un universo en el que las respuestas viejas no encajan en las preguntas nuevas, y no es sólo que la llave no abra, sino que no hay llave posible, porque tampoco hay ningún reducido y confortable «mundo cristiano» donde refugiarnos, sino que hemos de ser cristianos en un mundo al que no podemos tomarle las medidas, pero al que, sin embargo, no podemos ni queremos renunciar, porque es ahora cuando percibimos algo de las grandes incógnitas, de los enormes volúmenes entre los que caminamos y sentimos paradójicamente liberados como después de un largo encierro.

Para adentrarnos en ese

mundo nuevo, Rahner fue, no guía, porque no puede haberlo, pero sí el gran educador, sin embargo, de todos son conocidas las dificultades que en la segunda parte de la década de los cincuenta amargaron a tantos nombres ilustres y parecieron meter a la Iglesia en un callejón sin salida. De repente, vino el Concilio. No voy a descubrir lo que supuso. La Iglesia de los reuelos se abatía, la fisonomía arrugada recobraba su tersura juvenil, la sonrisa sustituyó al ceño. Congar se dirigía a un auditorio abarrotado de obispos, se invitaba a los que ya había que llamar «hermanos separados», se podía mencionar sin escándalo a Teilhard de Chardin, y Rahner, que sólo a última hora y difícilmente entró en la lista de los peritos conciliares, dejaba de ser peligroso y aparecía junto al Papa, un Papa que citaba a Maritain. Teníamos la impresión de que una nueva historia se escribía cada mañana ante nosotros y de que ya podíamos sentirnos plenamente instalados en nuestra fe y en nuestro tiempo, en paz con la Iglesia a la que amábamos y con los hombres que desde ella nos habían ayudado a entrar en nuestro tiempo.

Luego han venido nombres nuevos y, para bastantes, han desplazado a aquéllos. También hay quienes han vuelto a una temporalización análoga a la que a nosotros nos encandiló de jóvenes, aunque de otro color. Otros creemos que hará falta mucho tiempo para asimilar plenamente el Concilio y hemos seguido plenamente reconocidos al difícil equilibrio, al sólido sentido común del gran teólogo germánico, experimentando cada vez que hemos reabierto las páginas familiares la misma impresión de calidad insólita que las hace tan intensamente vivas y tan prodigiosamente pléticas de potencia fecundante. Ahora que he absorbido el gran misterio, el abismo luminoso de amor que fue razón de su existencia, escribo sobre lo que Rahner significó en nuestra vida, y me doy cuenta de que no pocos podríamos decir sencillamente: Rahner, nuestra vida.

MANUEL ALCANTARA

Vuelta de hoja

Ricos en proteínas

Por fin hemos encontrado la solución. Menos mal que no nos afecta a nosotros, que no tenemos ese problema, sino a los demás: en los países donde no hay nada que comer, la población civil deberá alimentarse a base de insectos. Según un informe de la FAO hay algunos insectos ricos en proteínas que pueden acabar, debidamente sazonados, con la malnutrición que sufren unos 40 millones de hispanoamericanos. Esos lejanos compatriotas nuestros pueden llenarse la boca hablando de la madre España, pero si quieren llenarse el estómago tendrán que recurrir a ciertas variedades de insectos, que creo que alimentan mucho.

Según los expertos en temas alimentarios, los insectos comestibles son de vida muy corta, lo que sin duda evitará el remordimiento de los comensales. No es lo mismo comer una sopa de tortuga, ya que las tortugas están programadas para vivir mucho tiempo, que masticar los gusanos del maíz, cuya residencia en la tierra es muy breve. Comiendo hormigas o langostas de plaga, no de las otras, se tendrá siempre la convicción de que no se ha malogrado ningún ser viviente.

Van a ser los puñeteros insectos del poema de Dámaso los que arreglen las cosas. Los países subdesarrollados ya tienen resuelto el primer plato.

Cuarenta mil niños desnutridos mueren diariamente en el mundo, según la UNICEF. Cien millones de personas ganan al día menos de lo que vale una barra de pan. En muchas naciones no puede darse la figura del desgarrado, y nadie conoce a alguien que se haya puesto voluntariamente a régimen, ya que el problema no es conservar la línea sino conservar la vida. Pero con ser lúgubre el panorama actual, lo es aún más el que se divisa. La FAO asegura que la población de América del Sur se doblará en los próximos 28 años y, como este crecimiento demográfico será casi todo urbano empeorarán mucho las condiciones de vida de lo que sea.

Existirán grandes hormigueros humanos donde la gente se alimentará de hormigas. Los más pesimistas consideran la posibilidad de que no haya insectos para todos.